

Las huellas borradas

A comienzos del siglo XIX, pero más todavía en el curso de su segunda y tercera décadas, en la sociedad culta europea y particularmente en la francesa, empezó a germinar una singular fascinación por el Oriente Próximo. Verdad es que la aventura napoleónica en Egipto y Palestina (1798-1801), la edición del Voyage (1802) de Dominique Vivant Denon, los monumentales volúmenes de la Description de l'Égypte (1810-1826), y lienzos tales como Bonaparte visitando a los apestados de Jaffa (1804) de Antoine Jean Gros, o La Gran Odalisca (1814) de Jean-Auguste D. Ingres habían ayudado a difundir esa fascinación, pero también lo es que el sentimiento tenía raíces mucho más antiguas y sólidas de lo que cabía imaginar. En cualquier caso, ya en 1823 publicaba Heinrich Heine, en su Lyrisches Intermezzo, un poema cargado de nostalgia por un cierto Oriente soñado: «Un pino se levanta solitario / en el norte, sobre una pelada altura. / Se adormece: con su blanco manto / lo envuelven el hielo y la nieve. / Sueña con una palmera, / la cual, allá lejos en Oriente, / sola y callada se aflige / sobre la ardiente pared rocosa»¹. Parecida añoranza expresaba su contemporáneo Mijail Lérmontov, que en la misma década compuso sus versos sobre una humilde y reseca hojita de roble, que arrastrada por el viento vuela por la estepa hasta la orilla del Mar Negro, donde se adhiere al tronco de una palmera que, desdeñosa, desoye su ruego de acogida². Uno y otro revivían nostalgias, anhelos de algo que sabían remoto, con sentimientos parejos a los que poco después mostraría Théophile Gautier ante un cuadro del artista y viajero Prosper Marilhat, expuesto en el Salón de 1834 y titulado Place de l'Esbekieh. De hecho, Gautier escribiría impresionado que el lienzo le había despertado «la nostalgia del Oriente en el que nunca había puesto el pie», pues en los cielos azules y los paisajes de Marilhat creía encontrar su verdadera patria, de la que decía ahora sentirse exiliado³. Hombres de artes y letras, románticos en el pleno sentido de la palabra, en sus lienzos, escritos o poemas resuena la eterna y confusa atracción, que siempre parece haber despertado en nosotros la imagen y la idea de Oriente.

En aquel entonces sin embargo, lo que despertaba esa especial fascinación era el mundo islámico, un Oriente que empezaba donde el Imperio

*Otomano o el lejano Irán ponían sus límites a las potencias europeas. Y en aquella época de espíritus rebeldes, que poetizaban los grandes espacios abiertos y las cabalgadas sin freno hasta más allá del horizonte, acababa de nacer el «voyage en Orient»⁴, especial camino de perfección para el Romanticismo, mucho más seductor que el tradicional viaje ilustrado por Italia y sus antigüedades romano-renacentistas. Surgieron entonces también obras como *An Account of the Manners and Customs of the Modern Egyptians* (1836), de Eduard W. Lane⁵, que sembraron tanto la pasión oriental como el reduccionismo «orientalista», censurado en justicia a la manía occidental por recrear el Oriente a nuestro gusto⁶. Progresivamente, con la mejora de las comunicaciones y la creciente presencia política y comercial europea, los viajes se multiplicaron y los recuerdos y relatos escritos por tantos viajeros se hicieron innumerables. La antología de Jean-Claude Berchet⁷ da idea del verdadero aluvión de viajeros y libros dedicados a Oriente, y eso que en su libro reúne sólo a los franceses. Pero dicha pasión fue la última y más amplia manifestación de una ya larga secuencia de libros, láminas y dibujos dejados por una tradición secular de viajeros europeos, que desde el Medievo y hasta el mismo siglo XIX –y aún después–, trajeron a Europa con la descripción de los paisajes vistos, las ciudades visitadas, las costumbres compartidas o las ruinas milenarias descubiertas la imagen, la realidad o los mitos. Y es que la atracción que Oriente ha ejercido siempre entre los europeos «resulta sencillamente natural, porque tanto geográfica como históricamente ese Oriente es uno de los otros más inmediatos y directos»⁸. Por ello y durante siglos, recuerdos y libros tales fueron haciendo posible el reencuentro europeo con el Oriente perdido.*

De literaturas, omisiones y olvidos

Mas hubo un tiempo en el que no era preciso recordar ni reconocer, porque se conocía y compartía. Durante la primera mitad del I milenio d. C., el Oriente romano-bizantino y el parto-sasánida compartieron guerras largas y paces breves, pero fueron imperios y culturas que se comunicaban, por cuyas vías y pistas transitaban comerciantes y curiosos de ambos mundos. Escritores clásicos como Isidoro de Cárax, Flavio Arriano o Justino dejaron relatos, historias e informes importantes sobre unas ciudades y reinos que aún distintos no les eran tan radicalmente ajenos. Donde además, rebeldes y perseguidos encontraban fácilmente acogida y refugio, como los filósofos «paganos» de la Escuela de Atenas, que en el 529 pudieron seguir su labor en Irán bajo la protección del Rey de Reyes. Pero tras

las épicas batallas del 636, con el hundimiento del Imperio Sasánida y una buena parte del de Bizancio, la conquista musulmana modificó substancialmente la cultura de aquella región. Luego, en la segunda mitad del siglo VII y a lo largo del siguiente, Cristianismo e Islam se fueron afianzando en sus propias áreas, enfrentándose en Anatolia, España y todo el Mediterráneo, y la escritura árabe se convirtió en complicada barrera para quienes habían compartido un mundo en el que en latín, griego, arameo, parto o pahlavi llegaban a entenderse. Y comenzó el olvido del pasado cercano y la ignorancia absoluta del nuevo presente, levantándose un muro invisible que las actividades mercantiles de Venecia y otras ciudades italianas a partir del siglo IX tampoco llegarían a romper. Hasta que en el siglo XII, los primeros viajeros comenzaron a dejar testimonio escrito de sus experiencias vitales. Comenzaba así lo que hoy llamamos la literatura de viajes a Oriente.

Entre el siglo XII y comienzos del XX, una verdadera pléyade de espíritus inquietos, valerosos e individualistas, movidos por razones tan distintas como la piedad religiosa, los intereses mercantiles, el amor por los viejos saberes, la simple curiosidad, la sed de aventuras o el mero cumplimiento de un deber diplomático fue rompiendo el silencio y desvelando los mitos. Sus libros, dibujos y grabados constituyen las raíces mismas del reencuentro con los pueblos de su tiempo y del redescubrimiento del pasado, porque en la mayor parte de ellos sólo alentaba el deseo de saber y la voluntad de narrar lo que habían vivido. Pero fuera del campo de los especialistas, salvo figuras señeras como Ibn Battūta, Carsten Niebuhr o Richard F. Burton, en su mayor parte han resultado personas y páginas ignoradas, lejos incluso de las historias de la literatura o del discurso arqueológico. En los últimos decenios sin embargo, una moderna atracción por el viaje y los viajeros ha permitido la publicación de estudios generales⁹, y abrir colecciones especializadas en distintas editoriales¹⁰. Pero la recuperación real para nuestra cultura de los viajes y viajeros a Oriente está en sus comienzos. Y la mayor parte de sus obras todavía guardan silencio en las bibliotecas decimonónicas, donde como los entrañables bibliotecarios y amantes de los libros pintados por Carl Spitzweg, todavía podemos encaramarnos en busca de volúmenes olvidados. En su Archéologie mésopotamienne, André Parrot incorporaba un capítulo de veintidós páginas dedicado a los viajeros y exploradores de Oriente, entre 1160 y 1842, desde Benjamín de Tudela a Pascal Coste y Eugène Flandin, pasando por Pietro della Valle, Claudius James Rich o James Silk Buckingham entre otros, pero la naturaleza del libro imponía una exposición necesariamente sucinta¹¹. En su Foundations in the Dust, Seton Lloyd hi-

zo una amplia historia de la investigación en Oriente, mas dedicó escasas páginas a los viajeros anteriores al siglo XIX, centrándose además luego casi exclusivamente en la persona de los británicos¹². Y en fin, por la misma naturaleza de su estudio –The Conquest of Assyria. Excavations in an Antique Land– M. T. Larsen escribe tan sólo once páginas sobre viajeros y curiosos anteriores al siglo XIX¹³. Naturalmente no son éstos los únicos libros de referencia posible, pero el tono no suele diferir en los demás. Se deja constancia en todo caso de la aportación de los viajeros ingleses y franceses sobre todo, y la de algunos alemanes e italianos, pero con la excepción exótica de Benjamín de Tudela, ningún español suele figurar recogido en semejantes libros. Y aunque sepamos que durante el siglo XIX España estuviera lejos de contar en el concierto de la política internacional, por fuerza nos resulta extraño la omisión absoluta de viajeros u obras españolas no sólo durante el siglo XIX, sino desde los mismos orígenes del viaje a Oriente. No deja de resultar sorprendente que un pueblo que había navegado por todos los mares y descubierto continentes durante los siglos XV, XVI y aún después, careciera en apariencia de la curiosidad y los espíritus capaces de buscar el saber y los paisajes del Oriente Próximo. Y es que no fue así, como nuestro volumen deja en evidencia, y como empieza a reconocerse ahora en la bibliografía no española¹⁴. Pero los viajeros españoles y sus libros suelen mostrar por fuerza una visión especial de aquel mundo, y su entusiasmo tenía que ser más sosegado y menos «romántico» que el de sus contemporáneos del resto de Europa, con excepción de los rusos, con quienes compartimos circunstancias únicas en la historia de nuestro continente. En todo caso, su injusto olvido e inmerecida omisión es fruto en parte de nuestras propias limitaciones culturales y científicas, desde luego, pero sobre todo lo es del relativismo de algunos enfoques, todavía en parte influidos por el célebre desprecio de Masson de Morvilliers y su artículo sobre España en la Encyclopédie méthodique. O de los prejuicios de quienes confunden un coyuntural dominio político-económico anglosajón con la realidad científica de la historia pasada y actual, «despreciando cuanto ignoran». Vamos pues a seguir las huellas borradas de nuestros viajeros, porque al redescubrirlas vamos también a reencontrarnos con nosotros mismos.

Otra paradoja más de la historia y la cultura españolas

A comienzos del siglo XIX, la romántica nostalgia del Oriente islámico expresada por Th. Gautier debía parecerles a los españoles ilustrados, que con Domingo Badía acababan de surcar sus pistas y habitar sus ciu-

dades, como una curiosa «folie» francesa. Porque en España, lo islámico y lo oriental resultaban algo vivido en el pasado y cercano, muy cercano en el espacio. De todos los países europeos, sólo España y Rusia habían compartido en la historia el mismo destino: enfrentarse a las invasiones islámicas y vivir bajo su dominio durante mucho tiempo. Y no es casualidad que en el mismo siglo, los españoles en el Salado (1340) y los rusos en Kulikovo (1380) alcanzaran victorias decisivas en su constante lucha por mantener las peculiaridades y las raíces de sus propios orígenes cristianos y europeos frente al Islám y el Oriente. Como también es cierto que la misma historia sufrida predispuso el carácter de ambos pueblos a un más fácil acercamiento a lo oriental, a una mayor comprensión, incluso a una cierta intimidad y proximidad a tantas cosas orientales en las que nos reconocemos, a la vez que un cierto distanciamiento espontáneo de los tópicos y los prejuicios del colonialismo europeo de los siglos XIX y XX.

Desde tiempo inmemorial, la cultura popular española hablaba en pueblos y aldeas de los «tesoros de los moros» o del castillo de la «reina mora». Los romances de frontera y la poesía popular, obras como la Historia de los bandos de zegríes y abencerrajes de Ginés Pérez de Hita y la evidencia de una arquitectura sorprendentemente bella y bien conservada e integrada, como la mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, la Giralda de Sevilla y tantas alcazabas, castillos, baños y antiguas mezquitas o sinagogas mostraban la pasada presencia de Oriente. Su recuerdo pues se prolongaba entre nosotros a la vista del día a día, con los refranes reiterados en las conversaciones cotidianas, las leyendas y los cuentos repetidos o la literatura escrita, como cuando Cervantes evoca los papeles de un Cide Hamete Berengeli. Pero fue también lógico entonces que el enfrentamiento mediterráneo con el Imperio Otomano y la realidad atlántica de España, volcada en América y el Pacífico, llevaran nuestra atención y nuestros intereses principales lejos del Oriente islámico, aunque su recuerdo siguiera siempre vivo entre nosotros. Y así, cuando Antoine Galland publicó la primera versión traducida a una lengua europea de Las mil y una noches (1704-1712), despertando en Francia la típica ensoñación orientalista, bastantes de los cuentos traducidos eran ya conocidos en España desde el siglo XIII, usados por nuestros autores medievales o renacentistas (15), y divulgados aquí y allá por boca de la narrativa popular. Por eso y por otras muchas cosas más había de resultar tan normal, tan poco «exótica» la publicación en 1780 de las Antigüedades árabes de España, obra encargada por Floridablanca, y los estudios sobre la arquitectura islámica española llevados a cabo por arquitectos como Juan de Villanueva y Pedro Arnal¹⁶. La dedicación posterior de los fundadores

del arabismo moderno español a los temas de historia, literatura, filología, filosofía y ciencia hispano-musulmanas fue consecuente por tanto, como por ejemplo sugiere la Historia de las dinastías musulmanas en España (1840-1842), de Pascual de Gayangos, uno de sus mejores estudiosos durante el XIX. Y nuestra ausencia en la aventura orientalista europea en Oriente se explica entonces en parte por el relativo peso del país, sin duda, pero también por las modestas pretensiones políticas, económicas y coloniales españolas puestas en nuestro cercano y falso «Oriente» de al Magreb y África, donde al decir de Víctor Morales Lezcano, conseguimos con nuestro africanismo decimonónico un sucedáneo posible del auténtico orientalismo¹⁷ franco-británico. Sin embargo, aunque nuestra nación estuviera fuera de la competencia y la intervención de las potencias europeas en Oriente, viajeros españoles surcaron también sus rutas a lo largo del siglo XIX, al igual que hicieron antes sus antepasados en el espíritu y la aventura, desde los mismos orígenes del viaje a Oriente y su literatura.

A la búsqueda de los viajeros españoles a Oriente Próximo

Si podemos hoy redescubrir las huellas borradas de nuestros viajeros olvidados se debe a que hubo un tiempo, en el que en casi todos los puertos del Mediterráneo atracaban carracas, laúdes y galeras de Aragón o de Castilla, y en los muelles de Venecia, Pera o Alejandría se movían comerciantes, peregrinos y viajeros de nuestra península. A que hubo un tiempo en el que buques de Portugal y de Castilla navegaban por el Índico, el Mar Rojo, el Golfo Pérsico, el Pacífico¹⁸ y las costas de la India, Filipinas, China¹⁹ y Japón, donde su primera presencia influiría en la creación un estilo artístico singular, el namban²⁰. Y es que hubo un tiempo en el que mundos fantásticos como los de Camboya y Angkor Vat, descritos por Fray Gabriel de San Antonio en 1596, o el Japón de Don Rodrigo de Vivero hacia 1609, eran visitados por viajeros y navegantes españoles²¹. Porque dos siglos antes de que J. Cook, L. A. Bouganville, La Perouse o V. J. Bering llegaran a los rincones del Pacífico y el Índico²², marinos españoles y portugueses habían recorrido ya todas las rutas, descubierto todas las corrientes y vientos y tocado todos los puertos. Pues hubo un tiempo en el que viajeros, peregrinos o diplomáticos salidos de nuestra península llegaban hasta las ruinas de Babilonia y Nínive, rezaban en La Meca, alcanzaban Samarcanda o paseaban por las calles y plazas de Isfahán. De sus recuerdos y aventuras, de su vida y sus libros tratan estas páginas.

Los artículos que componen la edición presente están todos firmados por autores comprometidos con la recuperación de los viajes y viajeros españoles por Oriente, si bien reconocemos que el tronco del que formamos parte es felizmente más amplio todavía. Durante los años ochenta, L. Litvak comenzó sus estudios generales –Geografías mágicas (1984) o El ajedrez de las estrellas (1987)–, al tiempo que sacaba del olvido a Adolfo Rivadeneyra –Viaje al interior de Persia. El itinerario de Rivadeneyra, 1874-75 (1987); y en la década siguiente, C. García-Romeral empezaba su imprescindible serie Bio-Bibliografía de Viajeros españoles, dedicada a los siglos XVI-XVII (1998), siglo XVIII (1997) y siglo XIX (1995), culminada con su monumental Diccionario de viajeros españoles. Desde la Edad Media a 1970 (2004). Para esa época se estaban publicando ya visiones de conjunto²³ y realizando seminarios o encuentros científicos dedicados a evocar el redescubrimiento de Oriente y la aportación de los viajeros españoles en particular²⁴, y editoriales como Laertes, Ediciones Polifemo, Miraguano y otras, aunque de modo más episódico las demás, estaban prestando su respaldo a la edición moderna de antiguos libros de viaje españoles, muchos de ellos preparados por varios de los autores de este volumen.

Felizmente, las cosas están cambiando tanto que algunos de los viajeros que ahora recogemos han sido o están siendo editados en estos años, pero quisiera destacar que en las páginas que siguen aparecen juntos por vez primera todos ellos y otros más todavía ignorados. Y que al reunirlos aquí podemos calibrar realmente no sólo el verdadero peso que la tradición viajera española aporta a la literatura de viajes a Oriente, sino también las asombrosas revelaciones que sus viajes y libros han hecho a la historia del redescubrimiento de ese mundo. Y creo que entenderemos mejor así la excepcional relevancia de Egeria y su viaje a Oriente durante el siglo IV (C. Pascual Gil), o el sabor y el valor de las más tempranas menciones conocidas a las ruinas de Babilonia o Borsippa en el primero de los libros de esta literatura, firmado por el rabino navarro Benjamín de Tudela (J. R. Magdalena). Y sabremos que el fundador del género (riḥla) en la literatura árabe fue un murciano llamado Ibn Ḡubair (F. Maíllo Salgado), en el que se inspiraría luego el más célebre, aunque no mejor, Ibn Baṭṭūṭa. Para la época Medieval asistiremos a la evocación de un coloso como Ruy González de Clavijo, embajador y viajero al Asia Central, cuyo libro es posiblemente uno de los mejores jamás escrito sobre esa región (Fco. López Estrada); y recuperaremos la imagen de un caballero excepcional, como Don Pero Tafur, que en el curso de su viaje entre irónico y distraído se encontraría con el legendario Niccolò dei Conti (Fco. J. Vi-

llalba) a orillas del Mar Rojo. Y más tarde, cuando ya los límites del mundo se hubieran quebrado gracias a los descubrimientos de América y del cabo de Buena Esperanza, junto a los peregrinos que seguían yendo a Jerusalén, como Don Fadrique Enríquez de Ribera (P. García Martín), estarían los que recorrieron todo el mundo desde Oriente al Occidente más extremos, como Pedro Ordóñez de Ceballos (Fdo. Escribano), y los que de grado o por fuerza conocieron los secretos de la Península Arábiga, como el jesuita Pedro Páez, cuya posterior vida y muerte en Etiopía le permitirían ser el primer europeo que alcanzara a conocer las fuentes del Nilo Azul (M. Mañé Rodríguez). Durante el siglo XVII, figuras colosales como Pedro Teixeira y Don García de Silva y Figueroa redescubrirían para Europa las ruinas pasadas y el brillante presente de Irán (J. J. Fuente del Pilar: J. M^a Córdoba), y otros como Pedro Cubero Sebastián, permitirían que nuestros antepasados conocieran de Turquía, el Cáucaso y el Mar Caspio, Irán y la India, con la memoria escrita de sus viajes (Joaquín M^a Córdoba).

En el siglo XVIII, pocos años después de que el danés Carsten Niebuhr volviera de su periplo por Oriente, marinos españoles visitaban Turquía, levantaban planos y mapas, trazaban dibujos y tomaban notas destinadas a publicaciones que pretendían desvelar las bellezas y la realidad del Imperio Otomano. De las personas y circunstancias de Gabriel de Arístizábal (R. González Castrillo) y Federico Gravina (J. M^a Sánchez Molledo) sabremos gracias a los artículos firmados por quienes mejor conocen sus viajes. Y ya en el siglo XIX, época de la expansión colonial europea y los comienzos del colonialismo, veremos que los viajeros españoles estaban lejos de sufrir la nostalgia y el arrobamiento «orientalista» francobritánico, conscientes al fin y al cabo de su condición de españoles y de los avatares históricos de su patria. Pero esa especial circunstancia además de no empobrecer el interés de sus personas y libros, acentúa las curiosas aportaciones de sujetos como el mítico Domingo Badía-Alí Bey, primer peregrino europeo y descriptor de La Meca (Fdo. Escribano), de Antonio Bernal de O'Reilly, Adolfo de Mentaberry, Manuel José Quintana y Diego de Coello de Portugal, autores todos de magníficas páginas llenas de una curiosa vitalidad (P. Martín Asuero), contemporáneos y compañeros en la carrera diplomática del gigante Adolfo Rivadeneyra, viajero, explorador y arqueólogo en Mesopotamia e Irán (Fdo. Escribano), tan bravo en carácter y rico en saber como el que más de su siglo. Y nuestras páginas siguen luego con el famoso viaje de la fragata Arapiles y la comisión científica encabezada por Juan de Dios de la Rada (J. Pascual), con las aventuras de Víctor Abargues de Sostén en el Mar Rojo y Etiopía (M. Mañé) y los he-

roicos viajes por Oriente del entomólogo Manuel Martínez de la Escalera (S. Casado), curioso y esforzado explorador de las montañas de Anatolia, los valles del Éufrates y el Tigris y las mesetas y cordilleras del Irán.

Pero a comienzos del siglo XX, la verdadera aventura viajera por Oriente iría terminando. Con todo, aún quedaban rincones para el recuerdo y la escritura emotiva, redescubiertos en viajes mucho más cómodos pero aún singulares, como el de Vicente Blasco Ibáñez a Turquía (F. Lara Peinado), o los tan esforzados del Padre Ubach por Líbano, Palestina o el Sinaí, continuados por Mesopotamia tras la I Guerra Mundial (C. Valdés Pereiro), viajes en los que el sabio monje iría formando la asombrosa colección arqueológica de la Abadía de Montserrat. Y finalmente, como broche de tan valerosa saga de aventureros y peregrinos, militares, científicos y diplomáticos olvidados en el redescubrimiento de un mundo, la «saint-exupériana» figura, libro y agónica epopeya del capitán Rafael Martínez Esteve, piloto de un avión perdido en el tremendo desierto que se extiende entre Jordania e Iraq (J. M^a Córdoba).

La aventura española en Oriente Próximo estaba escrita, pero olvidada, porque sus huellas parecían borradas por el polvo de los siglos. Con estas páginas nosotros sólo la hemos recuperado en parte. Pero al reunir aquí la imagen y la memoria de todos estos viajeros, libros y aventuras, lo hacemos con la satisfacción y el alivio del que recupera la senda antes perdida. Y con ella la ignorada historia de la aventura española en Oriente.

Joaquín M^a Córdoba

Notas

¹ Naturalmente, la traducción más o menos literal apenas deja entrever la sonora belleza del poema de Heine, que escribe:

Ein Fichtenbaum steht einsam
Im Norden auf kahler Höh.
Ihn schläfert; mit weisser Decke
Umhüllen ihn Eis und Schnee.

Er träumt von einer Palme,
Die, fern in Morgenland,
Einsam und schweigend trauert
Auf brennender Felsenwand.

HEINE, H. (1983): *Buch der Lieder*. Herausgegeben und kommentiert von Klaus Briegleb. Deutscher Taschenbuch Verlag, München, p. 88.

² Texto completo en su versión española en DE CASTRO GIL, M^a F. (ed.) (1967): *Poetas rusos del siglo XIX*. Ediciones Rialp, Madrid, pp. 123-124.

³ THORTON, L. (1983): *Les Orientalistes. Peintres voyageurs, 1828-1908*. ACR, Édition Internationale, Courbevoie (Paris), p. 34.

⁴ LIVERANI, M. (1994): «Voyage en Orient». *The Origins of Archaeological Surveying in the Near East*. En LIVERANI, M. (ed.), *The East and the Meaning of History*, Roma, pp. 1-16.

⁵ Una buena versión española, con ilustraciones y grabados de época en LANE, Ed. W. (1993): *Maneras y costumbres de los modernos egipcios*, traducción, edición y notas de Jaime Sánchez Reina. Libertarias/Prodhufi, S. A., Madrid.

⁶ Edward W. Said ha hecho un análisis pormenorizado de la simplista y prejuiciosa reconstrucción de la imagen de Oriente hecha por la literatura y la ciencia orientalista. Véase SAID, E. W. (1990): *Orientalismo*. Libertarias/Prodhufi, S. A., Madrid. Y también su monumental (1996): *Cultura e imperialismo*. Editorial Anagrama S. A., Barcelona.

⁷ Berchet, J.-Cl. (1985): *Le voyage en Orient*. Anthologie des voyageurs français dans le Levant au XIX^e siècle. Robert Laffont, Paris.

⁸ MARTÍNEZ MONTÁVEZ, P. (1988): *El orientalismo a contraluz*. Fundación Banco Exterior, Madrid, p. V.

⁹ Así VARGAS-HIDALGO, R. (1998): *El breviario del vagabundo*. Album de curiosidades, maravillas, invenciones y descubrimientos, Compañía Literaria, Madrid. LABARGUE, M. W. (2000): *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*. Editorial Nerea S. A., Hondarribia.

¹⁰ La colección Nan Shan de Laertes S. A. de Barcelona, con títulos tan sugerentes como *De Ceylán a Damasco* de Adolfo Rivadeneyra o *Mi peregrinación a Medina y La Meca*, de Richard F. Burton entre otros: la colección «Libros de los malos tiempos» con ediciones de la *Embajada a Tamerlán*, de Ruy González de Clavijo, o la de «Viajes y costumbres», con títulos como la *Descripción de Constantinopla*, de Federico Gravina, ambas colecciones publicadas por Miraguano Ediciones de Madrid: en Ediciones Polifemo, también de Madrid, la Biblioteca de Viajeros Hispánicos –coeditada en principio con Miraguano–, con títulos tan singulares como las *Andanzas y viajes de un hidalgo español*, de Pero Tafur. Y en la colección «Viajes» de Ediciones Península, de Barcelona, la celeberrima *Arenas de Arabia*, de Wilfred Thesiger entre otros muchos.

¹¹ PARROT, A. (1946): *Archéologie mésopotamienne. Les étapes*. Éditions Albin Michel, Paris, pp. 13-35.

¹² LLOYD, S. (1980): *Foundations in the Dust. The Story of Mesopotamian Exploration*. Thames and Hudson, London.

¹³ LARSEN, M. T. (1996): *The Conquest of Assyria. Excavation in an Antique Land*. Routledge, London.

¹⁴ La monumental edición de textos de viajeros a Oriente, publicada por A. Invernizzi recientemente, recoge una antología cuidadosa de todos los viajeros árabes y europeos que pasaron por Oriente desde el Medioevo hasta finales del XVIII, sin dejar en el olvido a ninguno de los españoles y portugueses de aquellas épocas. Véase, INVERNIZZI, A. (ed.) (2005): *Il Genio vagante. Babilonia, Ctesifonte, Persepoli in racconti di viaggio e testimonianze dei secoli XII-XVIII*. Edizioni dell'Orso, Alessandria.

¹⁵ VERNET, J. (1990): en la introducción a su versión de *Las mil y una noches*, Editorial Planeta, S. A., Barcelona, p. XXIII.

¹⁶ SCHOLZ-HÄNSEL, M. (1989): Antigüedades árabes en España wie die einst vertriebenen Mauren Spanien zu einer Wiederentdeckung im 19. Jahrhundert verhalfen. En SIEVERNICH, G. y BUDDE, H. (eds), Europa und der Orient 800-1900. Bertelsmann Lexikon Verlag, Berlin, pp. 368-382.

¹⁷ MORALES LEZCANO, V. (1988): Africanismo y orientalismo español en el siglo XIX. Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, p. 17.

¹⁸ MARTÍNEZ SHAW, C. (1988): El Pacífico Español de Magallanes a Malaspina. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid. Además, sobre los primeros viajes españoles por el Pacífico puede verse entre otras obras, el trabajo de LANDÍN CARRASCO, A. (1992): « Los hallazgos españoles en el Pacífico », *Revista Española del Pacífico*, II, pp. 13-35.

¹⁹ De los viajes y expediciones por el Pacífico, de muchos archipiélagos como las Filipinas y Molucas, e incluso de China se supo pronto en España por muchas vías, y entre otras gracias a una obra escrita por Bartolomé Leonardo de Argensola, que utilizó como fuente de información numerosas relaciones e informes. Publicada en 1609, todavía hoy produce verdadera perplejidad, ante el arrojo y la audacia que aquellos viajes y navegaciones denotan. ARGENSOLA, B. L. de (1992): Conquista de las Islas Malucas. Miraguano Ediciones – Ediciones Polifemo, Madrid. Sobre China, alcanzó gran fama la *Historia del Gran Reino de la China*, escrita por el agustino fray Juan González de Mendoza, a partir de las relaciones tomadas por misioneros españoles como fray Martín de la Rada, fray Agustín de Tordesillas y fray Martín Ignacio, publicada en Roma, en español, en 1585: GONZÁLEZ DE MENDOZA, J. (1990) : Historia del Gran Reino de la China, Miraguano Ediciones – Ediciones Polifemo, Madrid. Pese a su alto interés y a haberse traducido a múltiples lenguas europeas en su tiempo, más atractiva aún resulta el *Viaje de la China*, del jesuita Adriano de las Cortes, cuyo manuscrito no ha visto la luz hasta los años noventa: MONCÓ, B. (ed.) (1991) : P. Adriano de las Cortes (S.I.). Viaje de la China, Alianza Editorial S. A., Madrid.

²⁰ SUGASE, T. y otros (1981): Arte Namban. Influencia española y portuguesa en el arte japonés, siglos XVI y XVII. Museo del Prado, Madrid. CANAVARRO, P. y otros (1989): Art Namban. Les portugais au japon. Musées Royaux d'Art et d'Histoire, Brussel.

²¹ FERRANDO, R. (ed.) (1988) : Relaciones de la Camboya y el Japón. Historia 16, Madrid. El dominico Fray Gabriel de San Antonio fue el primer europeo que visitó y dejó memoria escrita de los asombrosos edificios de Angkor Vat, a la que llamaba la «ciudad de los cinco picos».

²² BROSSE, J. (1985): La vuelta al mundo de los exploradores. Los grandes viajes marítimos, 1764-1843. Ediciones del Serbal, S. A., Barcelona.

²³ LÓPEZ ESTRADA, Fco. (2003): Libros de viajeros hispánicos medievales. Ediciones del Laberinto, Madrid.

²⁴ CÓRDOBA, J. M^a, JIMÉNEZ ZAMUDIO, R., SEVILLA CUEVA, C. (eds.) (2001): El redescubrimiento de Oriente Próximo y Egipto. Viajes, hallazgos e investigaciones, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.